

de Congar en la revista *Irénikon* a partir de 1933 y que se extienden a lo largo de casi medio siglo. Por su parte, el estudio de Alberigo sirve de prelude al conjunto del libro examinando el entrecruzamiento de las nociones de «reforma» y «unidad», de eclesiología y ecumenismo en la amplia obra congariana y en su evolución. Arranca, por consiguiente, de la primera actividad científica sedimentada en *Chrétiens désunis. Principes d'un «oecuménisme» catholique* (1937), para adentrarse seguidamente en *Vraie et fausse réforme dans l'Église*, obra en la que Congar trabajaba desde 1946. Será a partir del Concilio Vaticano II cuando se produzca en el pensamiento eclesiológico de Congar una soldadura explícita entre el esfuerzo de reelaboración de la concepción de la Iglesia y el empeño ecuménico. A esta época corresponde la síntesis de las propiedades de la Iglesia, *L'Église une, sainte, catholique et apostolique*, reproducida en el manual teológico *Mysterium salutis*. En este proceso no se puede desconocer la aportación doctrinal que emana de las investigaciones y estudios históricos, con los dos volúmenes de *La Tradition et les traditions*, las dos monografías históricas de *L'ecclésiologie au haut Moyen Âge* y *L'Église. De saint Augustin à l'époque moderne*. Por otro lado, resulta significativa la recopilación de artículos de naturaleza ecuménica bajo el título de *Chrétiens en dialogue. Contributions catholiques à l'oecuménisme* (1964), a la que habría que añadir *Diversités et communion dans les Églises* (1982) y la gran obra pneumatológica *Je crois en l'Esprit-Saint*, elaborada entre 1979-80.

En su conjunto, el libro encierra este doble mérito: será de utilidad para quien quiera acercarse por vez primera a la figura de Congar, a su pasión por la Iglesia y su pasión por la unidad; por otro lado, suministra un actualizado «estado de la cuestión» para quien ya conozca la obra y el pensamiento del sabio dominico y quiera seguir avanzando.—S. MADRIGAL.

CLAUDIO GARCÍA EXTREMEÑO, *Eclesiología. Comunión de vida y misión al mundo*, Ed. San Esteban-Edibesa, Salamanca, Madrid 1999, 345 pp., ISBN 84-8260-056-1 y 84-8407-055-7.

La larga experiencia docente del profesor García Extremeño se condensa en este libro, verdadero manual de dimensiones manejables; es un texto claro, que abarca con suficiente amplitud lo esencial para un curso básico de eclesiología.

Sus doce capítulos podrían dividirse en cuatro bloques: una parte de fundamentación bíblica e histórica (caps. 1 y 2), otro apartado sobre el misterio de la Iglesia (caps. 3-6), un bloque sobre la misión (caps. 7-8 y 11) y finalmente otro grupo de cuestiones sistemáticas (caps. 9-10 y 12). Como se ve, en mi presentación he introducido un cambio de orden buscando mayor claridad.

En mi opinión, la tesis central del libro podría resumirse así: «la consideración de la Iglesia como sacramento nos descubre la unión íntima que existe entre su naturaleza y su misión. Se trata de una comunión de vida para la misión» (p. 174). Es un resumen que coincide con el mismo subtítulo de la obra. Lo que no se entiende, entonces, es por qué la estructuración del tratado no ha plasmado esto con más fuerza y claridad.

Es evidente, por otro lado, la inspiración del libro en *Lumen Gentium*, pero no está claro que las modificaciones introducidas contribuyan a mejorar el documento

conciliar; es sabido que el orden de los capítulos de la Constitución tiene una significación teológica no despreciable. Entonces tampoco se entiende cuál es la razón de los cambios, si no aclaran la propia lectura teológica y más bien hacen perder nitidez. Por ejemplo, en el manual no queda claro si la imagen de Pueblo de Dios es simplemente otra metáfora más para hablar de la Iglesia, o si mantiene la potencia explicativa que le otorga el Concilio Vaticano II.

A lo largo de sus páginas se percibe la ineludible y provechosa huella del concilio, tanto en el uso de la Escritura como alma de la teología (no sólo en los dos primeros capítulos, sino a lo largo de todo el texto, aunque con distinto grado de pericia exegético-dogmática) cuanto en la misma articulación de los temas tratados, que ya hemos visto siguen bastante de cerca *Lumen Gentium*.

Podríamos hablar, pues, de un manual conciliar. Ahora bien, me parece que de esta obra cabría esperar mayor profundidad en la interpretación del texto magisterial, desentrañando su contenido y su proceso redaccional, sus implicaciones y posturas subyacentes, aplicando en fin una cierta hermenéutica que clarifique y haga avanzar la reflexión. La impresión es que el autor se limita a mantener la ambivalencia del texto conciliar (fruto lógico de su mismo proceso de redacción y de su carácter consensual). Un ejemplo muy claro de lo que señalo puede verse en el tratamiento de la comunión jerárquica y de la «Nota explicativa previa» al capítulo III de *Lumen Gentium* (pp. 222ss., 248-52).

Da la impresión de que el autor quiere ser medurado y equilibrado, pero para ello paga el precio de ofrecer un texto sin aristas, poco incisivo, gris, que no ayuda a avanzar (véase, p. ej., lo dicho en la p. 90 sobre lo espiritual y lo sociológico en la Iglesia, p. 251 sobre centralización y episcopalismo, o p. 279 acerca de la unidad y la diversidad). Resulta confuso el tratamiento de la infalibilidad y la indefectibilidad (pp. 108-112. 257ss.); olvida la dependencia estructural, según el concilio, de la jerarquía al Pueblo de Dios, no otorga papel relevante a la *receptio* y llega a reducirla al magisterio. También es sorprendente que, al hablar del triple *munus* del obispo, olvide remitirlo al del Pueblo de Dios.

Otros errores de detalle son menos importantes, aunque no intrascendentes, y se refieren al modo de citar los libros bíblicos (por poner un único ejemplo, en las pp. 65-106 se habla de Act, Hech, Hch, He), a la acrítica atribución a Pablo de las cartas a los efesios y colosenses, y a las citas de autores contemporáneos en diversas lenguas (compárese, p. ej., la nota 7 de la p. 17 con la nota 15 de la p. 55). No siempre está claro si el autor se hace cargo con fidelidad del pensamiento de otros teólogos.

En resumen, podemos decir que estamos ante un manual más, sin especial brillantez, pero de utilidad práctica para alumnos y profesores. Recoge las cuestiones fundamentales, las trata con medida y ponderación, está escrito con sencillez, y se mantiene en los límites de extensión de un libro de texto manejable.—DANIEL IZQUIZA, S.J.